EN BUSCA DE LA CIENCIA PERDIDA

José Manuel Sánchez Ron

Contribuir de manera destacada al avance de la ciencia representa una de nuestras asignaturas pendientes más importantes. En realidad, sería más apropiado decir que la ciencia constituye un problema histórico para España, y también, ¡ay!, para los países que hablan nuestra misma lengua. No se han apagado todavía los ecos de aquellas terribles palabras que el ingeniero de Caminos, matemático y físico, aunque más conocido como dramaturgo, José Echegaray pronunció, el 11 de marzo de 1866, durante su discurso de entrada en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. «La ciencia matemática —declaraba— nada nos debe: no es nuestra; no hay en ella nombre alguno que labios castellanos puedan pronunciar sin esfuerzo». Acaso exageraba —siempre hay algún nombre que recordar y pronunciar—, pero el espíritu que animaba sus palabras era cierto: tuvimos científicos, sí, pero no de la talla de los Newton, Euler o Lavoisier.

Ha pasado bastante tiempo —casi un siglo y medio— desde que Echegaray bramó contra la historia científica del país al que tanto quiso. Hoy podemos presumir de contar al menos con un nombre universal, el de Santiago Ramón y Cajal, y con algunos que alcanzaron gran distinción, como el argentino Bernardo Houssay, premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1947, pero aún nos hallamos lejos de las naciones que marcan la pauta en investigación científica.

En lo que a España se refiere, es innegable que las últimas décadas han significado una mejora significativa en la situación de la investigación científica. Si centramos nuestra atención en los últimos tres lustros, nos encontramos con datos esperanzadores, como el hecho de que son mucho más satisfactorios de lo que lo eran hace unos años los índices de impacto de los trabajos que publican los científicos españoles. En cuanto a qué disciplinas, el progreso es general, aunque mencionaré, a modo de ejemplo, algunas, como la física, en las ramas, especialmente, de la materia condensada y las ciencias de materiales, así como la física teórica, sin olvidar la física (teórica y experimental) de altas energías, dominio que se ve favorecido por el hecho de que España es un miembro del CERN, el gran laboratorio europeo de altas energías, situado en Ginebra. La astrofísica, la cosmología y las ciencias del espacio se encuentran en una magnífica situación, gracias a la existencia del Instituto de Astrofísica de Canarias, una empresa nacional e internacional ejemplar, que pronto contará, en el Roque de los Muchachos (isla de La Palma), con un instrumento de los que marcan la diferencia: el Gran Telescopio. Y también hay que referirse a la presencia de España en ESA, la Agencia Espacial Europea. Las ciencias biomédicas están experimentando un desarrollo muy notable, siguiendo el *Zeitgeist*, el «espíritu del tiempo» en el que vivimos, un tiempo en el que se está produciendo una auténtica revolución científica, que tiene en su epicentro a las disciplinas biomédicas y que afectará profundamente a nuestras vidas (sobre todo a las de nuestros descendientes). No sería justo olvidar en este apartado nombres como Antonio García Bellido y Ginés Morata, especialistas de renombre mundial en genética del desarrollo, Juan Carlos Izpisúa, del Salk Institute (Estados Unidos), uno de los líderes mundiales en el campo de las células madre, o el cardiólogo Valentí Fuster (Hospital Monte Sinaí de Nue-

va York). Y no olvidemos tampoco la pujanza de otras disciplinas como la química y la matemática (en agosto de 2006 se ha celebrado en Madrid el Congreso Internacional de Matemáticos, la gran reunión de estos profesionales, en la que se entregan las célebres medallas Field, los Nobel de la matemática).

Muestras evidentes del interés por la ciencia de la sociedad española, y de sus representantes políticos, es que se crease un Ministerio de Ciencia y Tecnología, aunque no sobreviviese más que una legislatura, víctima de sus propias limitaciones, así como, por poner otro ejemplo, el establecimiento de un programa (el Ramón y Cajal) de recuperación de científicos jóvenes que se encontraban en el extranjero. No obstante, desde las instancias públicas en general se ha prometido más de lo que finalmente se ha llevado a la práctica. No hemos hecho, creo, todo lo que estaba a nuestro alcance, teniendo en cuenta nuestras posibilidades humanas, económicas e institucionales actuales. Insuficiente financiación, precariedad laboral para, especialmente, las nuevas generaciones y, acaso, demasiada estabilidad —aunque no demasiado generosamente retribuida— para los no tan jóvenes, además de una industria que prefiere comprar patentes del extranjero en lugar de invertir en I+D en España, son algunos de los grandes problemas que afectan a la ciencia española.

El último punto que he citado es especialmente importante. Es preciso tener muy presente que el problema de la ciencia en España no se limita a las acciones que puedan emprender los gobiernos. La ciencia de un país no es algo que dependa únicamente del ámbito público, también está el privado. Necesitamos industrias que mantengan una relación intensa y avanzada con la investigación científica. Es verdad que la ciencia impulsa, crea tecnología, pero el recíproco no es menos importante: la tecnología, la industria, favorece a la ciencia, y no sólo en puestos de trabajo o subvenciones, sino también en problemas que plantea e instrumentos y técnicas que suministra, y que suelen ser imprescindibles para realizar investigaciones pioneras.

En resumen, hoy, al igual que ayer y a pesar de que hemos avanzado significativamente, continuamos abocados a construir un presente para la ciencia española que sirva no sólo para el presente, sino también como semilla para un futuro mejor. Tenemos, en otras palabras, que cumplir con un compromiso histórico que no se limita a satisfacer una deuda con nuestro pasado, sino que implica asimismo asumir una obligación con los que vendrán después de nosotros. ■

José Manuel Sánchez Ron es catedrático de Historia de la Ciencia de la Universidad Autónoma de Madrid y miembro de la Real Academia Española.